

importada de China, y se aclimató de tal suerte en el Archipiélago Japonés, que aun los Emperadores y la Corte llegaron á profesarla en una época. Á pesar de esta transformación, la de Shinto no dejó de florecer ni de observarse por los patriotas como culto más propiamente nacional; y el enemigo acérrimo que tuvo el Budismo fué Nobunanga, á quien acabamos de nombrar.

Se hallaba éste en todo el apogeo de su poder, cuando en 1549 arribó á Cangóshima el glorioso San Francisco Javier, y con el permiso del Príncipe de Sátzuma, señor feudal de aquella comarca, empezó á predicar el Cristianismo. Lejos de excitar la desconfianza de Nobunanga, se llenó éste de regocijo al ver que ya tenía otra religión extranjera que oponer al odiado Budismo; y á los que trataron de predisponerlo en contra, respondió decididamente: "Treinta y cinco sectas cuentan hoy los adeptos de Buda; ¿qué os importa que una secta más venga á aumentar el número de religiones?" Así la Providencia dispone los acontecimientos *fortiter et suaviter*, para que se lleven á cabo sus maravillosos designios. La unidad y poderío del Imperio Romano en tiempo de Augusto y sus inmediatos sucesores fué ordenada por el Señor para el establecimiento de su Iglesia. Así ahora en el Japón el odio al Budismo de parte de Nobunanga, y las rivalidades y gran poder de los señores feudales, ayudaron eficazmente á la obra de Evangelización de Francisco Javier, quien inspirado de lo alto, supo aprovecharse admirablemente de estas circunstancias para la conversión de los infieles.

¡Apóstol del Oriente! Permíteme que de rodillas te di-

rija la salutación más entusiasta, y te tribute el cordial homenaje de mi más ardiente admiración. La esterilidad comparativa de las misiones actuales en aquel pobladísimo Imperio hace resaltar más y más tus apostólicos trabajos. Con estupor te contemplo predicando impertérrito el Evangelio, en los Señoríos de Sátzuma, y de Nangato, y de Bungo, y avanzando denodadamente hasta esa Ciudad Santa de Kioto, que los naturales orgullosamente llaman por antonomasia *Miyako*, ó la Capital. Paréceme imposible que tú solo, con un compañero únicamente, puedas bautizar tantos millares y dejar constituidas en sólo tres años tantas cristiandades. Pero el Señor está contigo, y te inspira en las disputas con los sacerdotes de Buda y de Shinto, y te da fuerza para lanzar á los espíritus malignos, dominar los elementos, sanar las enfermedades, resucitar muertos y obrar otros mil estupendos milagros. Él transfigura tu persona, consumida por los trabajos y las penitencias, y da tal virtud á tus palabras y tal dulzura á tus miradas, que ganas los corazones de príncipes y pueblos y los conviertes á la pura religión de Jesucristo. ¡Francisco Javier! ¿Por qué abandonas tan pronto esas Islas donde has alcanzado tantas victorias? ¿No te dice tu espíritu profético que algunas de esas cristiandades por tí fundadas no volverán á ver un sacerdote por años y aun siglos? ¿No ves que por mucho que hagan los compañeros tuyos que vas á enviarles de Goa, no igualará á lo que tú pudieras llevar á cabo con tus milagros, y tu dón de lenguas y tu santidad personal?

Mucho hicieron, en efecto, los compañeros de Francisco Javier. Al estallar en 1587 la primera persecución, los

cristianos pasaban de doscientos mil, el número de iglesias era grande, había colegios y escuelas, y los misioneros, si bien no eran suficientes para mies tan abundante, regaban aquellos campos sin descanso con sus sudores evangélicos. ¡Oh si hubiera entonces prevalecido la táctica que el reinante Pontífice León XIII ha inaugurado en las misiones Asiáticas, de formar desde luego un clero, y aun una Jerarquía indígena, que quite al Cristianismo todo carácter de religión extranjera y se identifique con el pueblo recién convertido! ¡Si al menos durante esos treinta y ocho años de paz y aun protección, durante esa época de gracia para el Japón, en ese momento *psicológico* (como ahora se le llamaría) se hubieran abierto aquellos campos fecundos á los obreros evangélicos de todas las familias religiosas que en aquel siglo de heroísmo suspiraban por que á su celo apostólico se presentaran nuevos horizontes! ¡Si, como en ambas Américas y en el Archipiélago Filipino, hubieran podido libremente acudir los hijos de Francisco de Asís y de Domingo de Guzmán, de Benito y del grande Agustín, y meter la hoz sin escrúpulo en aquellas mieses ya maduras y que estaban á todos convidando con sus doradas espigas! ¡Oh! Quizás ahora contaríamos en el Extremo Oriente con un Imperio Cristiano, donde hoy día vemos al paganismo antiguo y al librepensamiento moderno, á la barbarie gentílica y á la más refinada civilización del siglo XIX, darse la mano en funesto consorcio para sofocar al Cristianismo y hacer estériles los esfuerzos de la Iglesia Católica.

Pero muy diverso rumbo tomaron las disposiciones del Sumo Pontífice Gregorio XIII. Quiso que á los her-

manos en religión de Francisco Javier se reservase únicamente aquel campo, y en Breve de 28 de Enero de 1585 prohibió terminantemente á los religiosos de cualquiera otra orden ó instituto establecerse en el Japón en calidad de misioneros. Las circunstancias, al principio tan prósperas de estas cristiandades, muy presto cambiaron, y Sixto V, inmediato sucesor del Papa Gregorio, en Bula expedida en 15 de Noviembre de 1586, permitió expresamente á los Franciscanos de la Provincia de Filipinas el ejercer su apostolado en aquella región, sin necesidad de pedir á nadie su venia; pero esta nueva disposición llegó ya tarde para evitar todos los males causados por un exclusivismo inoportuno.

Era el año de 1587. Muerto trágicamente Nobunanga, tenía el mando del ejército y de los negocios aquel Taiko-Sama de quien hemos hablado. Las rivalidades de los Señores Feudales, que hábilmente explotadas por Francisco Javier y sus primeros compañeros, tanto sirvieron para la difusión del Cristianismo, parece que no lo fueron con igual diplomacia por los que más tarde vinieron. Con justicia ó sin ella, se le figuró al Taiko-Sama que los misioneros se apoyaban en algunos Príncipes para arrancar su poder al *Shogún*, y derribarlo á él mismo que á la sombra del primero imperaba. Sin mirar que entre sus mejores soldados y generales contaba no pocos cristianos, fulminó terrible edicto contra la Religión, destruyó casi todos los templos, condenó á destierro á todos los misioneros. Tuvieron éstos que salir del Imperio dejando abandonadas sus greyes; y aunque algunos quedaron, se veían forzados á permanecer ocultos, sin predicar, ni ofrecer en público el divi-

no Sacrificio, ni poder administrar los Sacramentos. No sólo todo progreso era imposible, sino que la obra de Francisco Javier amenazaba quedar reducida á cenizas, después de cuarenta años escasos.

En tan grave conflicto, los afligidos cristianos del Japón recurrieron á los Religiosos de las Filipinas, pidiendo con gritos lastimeros los auxilios espirituales que ya no podían suministrarles los antiguos Padres. Vacilaron aquéllos, temerosos de las censuras fulminadas en el Breve de Gregorio XIII, y de la oposición que apoyándose en éste se les hacía. Animó y decidió á los Frailes Menores la Bula posterior de Sixto V, y la orden del Gobernador y Capitán General de Filipinas, quien á instancias del propio Taiko-Sama los envió en calidad de embajadores del Rey de España al Soberano del Japón.

Día de gloria fué para Manila el 26 de Mayo de 1593, en que, revestido de tan alta dignidad, salió de aquel puerto el humilde, pero doctísimo y valiente Franciscano San Pedro Bautista. ¡Héroe denodado! yo te saludo con toda la efusión de mi corazón. Yo te contemplo, no sólo con admiración sino con amor, y te abrazo en espíritu como á mi compatriota, y te considero como *mío*. Naciste en España, es verdad; pero aquí en México, y en Michoacán especialmente, diste á tu alma ese temple apostólico que te llevó derecho al martirio. Con cuánto interés te sigo en la navegación, aplacando milagrosamente más de una vez las recias tempestades, y te veo luego desembarcar en medio de tu lucido séquito, y presentarte al Taiko-Sama en la Capital misma del Imperio, y ganar su corazón, ya por medio de los ricos presentes que le llevas, ya con la entereza de tus dis-

cursos interpretados por tu valeroso compañero San Gonzalo García. Gracias á tu doble carácter de Embajador y de Apóstol, comunicas libremente con los cristianos sin que te comprenda el decreto de proscripción. Merced á tus esfuerzos renacen los templos de sus cenizas, se edifican otros aun en la Capital del Imperio, se vuelve á permitir la predicación evangélica, se levantan conventos de tu orden y se erigen y fundan hospitales en que brilla tu ardiente caridad y te conquista los corazones. Salve mil veces, héroe Franciscano. ¿Á quién debe más el Japón: ¿á Francisco Javier que zanja los primeros cimientos de la Iglesia, ó á tí que la sostienes en el momento de desmoronarse, que la vuelves á levantar ya caída? Merced á tu intercesión muchos de los Padres proscriptos pueden salir de sus escondites, y alguno de ellos merece más tarde ser tu compañero de martirio. Merced á tí renace la confianza, cesa la persecución, y aunque no exenta de zozobras y angustias, florece todavía por cuatro años la Iglesia Japonesa; y es tal la paz comparativa de que disfruta, que puede arribar á Nangasaki el primer Obispo á quien es dado llegar á tan remotas regiones: Obispo que, por desgracia, empieza esgrimiendo contra tí propio y tus compañeros el báculo pastoral. Por fortuna, tu humildad muy pronto lo aplaca, y la legitimidad de tu misión, fundada en la Bula Sixtina, lo convierte en amigo tuyo y favorecedor decidido. ¡Oh! ¿Por qué no prolonga el Señor esa tregua á tu habilidad y tu celo debida; por qué sólo cuatro años dura tu fecundo apostolado en los fertilísimos campos Japoneses?

curso interpretados por un valoroso compañero San  
Gonzalo Garcia. Gracias a su noble carácter de Em-  
bador y de Apóstol, comunicó libremente con los cris-  
tianos sin que se comprenda el decreto de prescripción.

## II

Muchas las ruinas de los templos de sus cen-  
tas se edifican otros aun en la Capital del Imperio, se  
vuelve a permitir la predicación evangelica se lestará

En medio de las halagüeñas ilusiones que hacía concebir la restauración del Cristianismo llevada á cabo por San Pedro Bautista, el arribo del desmantelado galeón San Felipe vino á cambiar inesperadamente la situación. *¿Inesperadamente, he dicho? ¡Ah, no!* La desconfianza en los misioneros, engendrada por la supuesta ó verdadera antipatía de éstos al *Shogún*, no había cesado del todo. La llegada de los Franciscanos había calmado mucho los ánimos, es cierto; pero personas influyentes y malintencionadas no cesaban de trabajar contra ellos, y de sembrar las sospechas en el ambicioso Taiko-Sama. Las relaciones del Japón con los Portugueses de las Indias y los Españoles de Filipinas, habían hecho llegar á oídos de sus próceres las conquistas de los últimos en la Nueva España y el Perú, y más todavía en las mismas Filipinas; y empezaron éstos á temer que los misioneros no eran más que precursores de una invasión armada.

El arribo del galeón vino á confirmar las sospechas. Como iba en el estado lamentable en que acabamos de verlo durante la tempestad, preciso fué descargarlo por completo, y se desplegaron á los atónitos ojos de los Japoneses, juntamente con grandes riquezas que tentaron su codicia, multitud de cañones, de armas de todo gé-

nero, de municiones y soldados que los hicieron temblar por su independenciam. Para mayor seguridad, interrogaron al piloto, y éste, creyendo intimidar á sus interlocutores, les señala en un mapa-mundi las inmensas conquistas de España en ambos hemisferios, y corrobora la idea ya existente de que los misioneros sirven para preparar aliados en los países cuya conquista se medita y allanar el camino de la victoria.

Desde ese momento, el exterminio del Cristianismo en el Japón quedó irrevocablemente resuelto. Por misericordia se permitió el regreso á Filipinas á los Oficiales, marineros y soldados del galeón San Felipe. Sentencia de muerte fué pronunciada sin tardanza, contra San Pedro Bautista, no obstante su calidad de Embajador, y contra todos los Franciscanos que le habían ayudado en la predicación del Evangelio, ora fuesen sacerdotes ó legos, pertenecientes á la comunidad Seráfica propiamente dicha, ó solamente al Orden Tercero, ya fuesen extranjeros ya japoneses. Se hicieron las listas de los condenados al último suplicio, y entre ellos se inscribió expresamente el nombre de Fray Felipe de las Casas, el joven Franciscano que acababa de llegar en el galeón, y que había ido á ponerse á las órdenes de su superior accidental en el convento de Kioto ó *Meaco*, como le llaman generalmente los escritores antiguos.

¿Qué arcano encierra la condenación de este mozo, que ni es sacerdote, ni ha predicado el Evangelio, ni aun siquiera viene á ejercer en estas islas su ministerio? Dejan en libertad al Comandante de la nave y á sus soldados, destierran á los otros religiosos, y aun á algunos de los Franciscanos antes venidos, y ¡aprehenden á Fe-

liple! Años hace que trabajan en el Japón los hermanos de Javier, y suspiran por el martirio, ¡y á ellos se niega mientras que al último que por casualidad ha llegado, se escoge para crucificarlo! ¿Qué arcano encierra esta manifiesta predestinación?

No nos empeñemos en descubrirlo, hermanos míos. El Señor distribuye sus dones como le place; y niega sus favores á hombres, al parecer, cargados de méritos, mientras los otorga á otros que han llegado á la viña á la hora undécima, según la expresión del Evangelio. El martirio es una de esas gracias en que se complace el celestial Padre de Familias en mostrar su liberalidad, concediéndolo á quien menos parece merecerlo, y negándolo á santísimos varones que han suspirado por él desde el principio de sus trabajos apostólicos. Con todo, en el orden general de su Providencia, enriquece primero con virtudes á los predestinados al martirio, y los previene con su gracia, para que ellos mismos merezcan el dón, por otra parte gratuito, de dar su vida por la Fe. Tal hizo con nuestro compatriota San Felipe de Jesús; y esa crucifixión por Jesucristo fué no sólo un dón del Señor, sino un premio concedido á heroicas virtudes.

Se le ha creído generalmente un libertino, que ganó el cielo casi por casualidad, convirtiéndose á última hora, á semejanza del Buen Ladrón. Yo también participé de esta creencia general, y tuve el valor de manifestarla en Nangasaki mismo, á la vista de la colina consagrada por su martirio. ¡Perdóname, oh Santo! La sola comparación de algunas fechas me ha sacado de mi error, y quiero, igualmente, convencer á mis oyentes de que ha sido falsa la opinión popular.

En efecto; sólo *quince* años contaba, cuando tomó por primera vez el hábito Franciscano, en Puebla de los Angeles. ¿Qué tiempo material tuvo este niño para entregarse á los vicios? Los grandes crímenes que afligían á sus padres eran, según leemos en su vida, que trepaba á los árboles en busca de nidos de pájaros, ó se exponía á caer en profundos barrancos, corriendo en pos de mariposas, ó de cuando en cuando venía á las manos con otros niños. Dejó á los pocos meses el hábito, que sin madura deliberación había tomado. ¿Arguye esto, por ventura, punible inconstancia, en un mozalvete que aun no cumple los dieciséis? Lo envían sus padres á China por castigo; pero notad que tan cristianas y timoratas personas, no lo mandan tan lejos, sino sujeto á mercaderes serios y bien intencionados, y de ninguna manera dueño de sí mismo, ni en situación de hacer el papel del *hijo pródigo*. En prueba de ello cuando, tres años más tarde, volvió á tomar en Manila el hábito Seráfico, los pecados de que dió en acusarse diariamente ante la comunidad eran tales, que podían oírlos sin estremecerse, ni marcarle el alto, aquellos piadosísimos varones. Por el contrario, en los años que transcurrieron desde el 20 de Mayo de 1591 hasta el 12 de Julio de 1596, en que se embarcó en el famoso galeón, edificó á aquella comunidad de santos con sus heroicas y constantes virtudes. Éstas, sin duda, le merecieron el martirio. De otra suerte ¿cómo desvió la Providencia su rumbo á tal grado, que la nave destinada á Acapulco fué á arribar al Japón? ¿Cómo él solo, entre todos los que navegaban á bordo de la misma, fué el escogido para acompañar en el martirio á los otros Apóstoles que ya habían anun-

ciado la Buena-Nueva en aquellas islas? ¿Cómo á él antes que á nadie, se mostró la visión, la noche de la tempestad, y á él solo descubrió el cielo su significado?

Pocas semanas le tocó permanecer en el Japón antes de consumir el martirio; pero aun en este breve tiempo edificó con su santidad las comunidades de Ósaka y de Kioto, ante las cuales le tocó vivir y ejercer el apostolado. Con Pedro Bautista y demás Franciscanos, fué aprehendido el 8 de Diciembre de 1596; y durante su prisión y el larguísimo viaje á Nangasaki, lejos de mostrar la debilidad del recluta ó del neófito, dió á sus más antiguos compañeros lecciones de heroísmo y de fortaleza, y se manifestó á todas horas esforzado veterano. De esta prisión, y del viaje tan inútil como cruel á que sujetaron á los mártires, permitidme daros algunos pormenores.

Notad, ante todo, que la persecución aun no era general. Se condenó á muerte simplemente á los predicadores del Evangelio, y á los que les habían ayudado en su predicación; pero de ninguna manera se proscribió el cristianismo. No sólo, sino que se hicieron muchas excepciones, ya sea por motivos particulares, ya sea por temor á los cristianos, que habían llegado á ser muy numerosos, como lo prueba el hecho de que algunos años más tarde se levantaron en armas contra los perseguidores. Limitada, por consiguiente, la persecución á los Franciscanos y á algunos de los del Tercer Orden que les servían de catequistas y auxiliares, se encontraron en una posición excepcional en la Historia de la Iglesia, sufriendo, sí, tormentos y oprobios, pero recibiendo al mismo tiempo auxilios y estímulos de los cristianos,

que con ellos comunicaban sin dificultad. Los primeros días de la prisión, desde el 8 de Diciembre hasta después de las fiestas de Navidad de 1596, los pasaron en sus conventos de Kioto y Ósaka, administrando los sacramentos, celebrando con solemnidad los divinos misterios, salmodiando como de costumbre, y preparándose para la muerte.

Cambiaron las circunstancias al entrar el año nuevo, en que después de haber pasado algunos días en la cárcel pública, se determinó que su crucifixión había de ser en Nangasaki. Es fácil el camino por mar. Hoy día se hace en pocas horas; aun entonces era cuestión de breves días. Pero se dió orden que á los mártires se les llevase por tierra, paseándolos primero por las ciudades principales del Imperio, y cortándoles previamente las narices y las orejas. Algo mitigaron los ejecutores esta orden, limitándose á cortar la punta de una oreja á cada prisionero; pero aunque poca la sangre derramada, enardeció á los soldados de Cristo, y más que á nadie al mexicano Felipe de Jesús, quien corría de un lado á otro mostrando con gozo su herida é infundiendo valor á sus compañeros.

¡Quién pudiera narrar uno á uno los episodios de la piadosa Odisea de Kioto á Nangasaki! Haciendo á los mártires ya avanzar, ya retroceder, ya alargar el camino, se les obliga á recorrer una distancia de trescientas leguas, ya en malos rocines, ya á pie, ya en carretas cuando se les pasea por el interior de las ciudades, ya en un mal batel cuando hay que cruzar el estrecho de Shimonoseki. Un mes entero dura la peregrinación. Los siguen multitud de cristianos, aliviando en cuanto es posible sus